

que atacados se desembarazan fácilmente de ella. «En 1871, me escribe Hasskarl, fué muerto un tigre que habia causado grandes destrozos; esta fiera fué cogida pocas semanas despues de una lucha con un búfalo, de la cual salió muy mal parada; aunque cuando se le cogió hubiese ya recobrado casi por completo sus fuerzas: al atacar al citado búfalo, le saltó sobre la testuz con la intencion visible de destrozarle los ojos y dominarle mas fácilmente; pero el búfalo corrió con la cabeza baja contra un árbol, llevando su carga y estrujándola contra el tronco con tal fuerza que la fiera cayó sin conocimiento.

»Dióle entonces otra terrible arremetida, la volteó varias veces por el aire, y al mismo tiempo le introdujo en el cuerpo las puntas de sus agudos cuernos, causándole heridas de ocho centímetros de largo por tres de profundidad.»

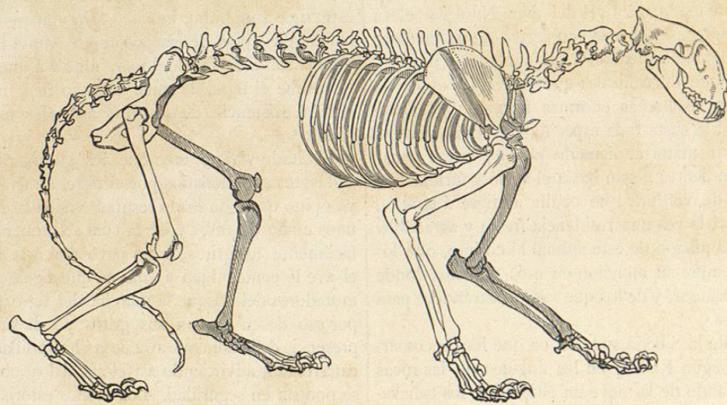


Fig. 122.—ESQUELETO DE TIGRE

las tropas se hallan libres de sus acometidas: Forbes ha visto en una sola noche tres centinelas con sus armas devorados por los tigres: los rezagados que siguen á los ejércitos son en su mayor parte presa de tan terrible animal.

El tigre penetra en los pueblos, y aun en las ciudades, para buscar en pleno día una presa humana. Poblaciones enteras se ven á veces precisadas á emigrar, y otras no consiguen librarse sino por medio de fuegos alimentados constantemente y grandes cercas de espinos. Buchanan refiere que los tigres han arrebatado ochenta habitantes de un solo pueblo en el espacio de dos años: en otras localidades ha sido todavía peor, pues obligados los que sobrevivieron á buscar un refugio en otra parte, abandonaron sus chozas á los tigres, que establecieron allí su domicilio.

Los ataques de esta fiera son tan rápidos é imprevistos, que no es posible sustraerse á ellos; sucediendo comunmente, que los compañeros de la víctima no divisan al tigre hasta que se la lleva, en cuyo caso está perdida sin remedio. La persecucion es casi siempre inútil, pues si bien se consigue á veces obligar al tigre á que suelte su presa, ya sea hombre ó animal, esta muere por lo regular á consecuencia de las heridas. Se ha visto, no obstante, que algunas personas echadas por el tigre del caballo abajo, se salvaron sin auxilio alguno.

Así saltó un tigre sobre un elefante y arrancando á un inglés de la silla, desapareció con este en el bosque. Todas las escopetas se hallaban dirigidas contra el animal, mas ninguno de los cazadores se atrevia á hacer fuego por temor de

Segun cuentan los tungusos de Birar, tambien riñe á veces el tigre con el oso y entonces sucumbe regularmente el primero á pesar de su mayor agilidad y la vehemencia de su ataque.

El tigre está dotado de una audacia sin igual, existiendo en algunos bosques ciertos desfiladeros que han alcanzado triste celebridad por los destrozos de la fiera. Forbes asegura que todas las comunicaciones serian imposibles en aquel país, si no fuera por el gran temor que inspira el fuego á este terrible carnívoro. A causa de los calores, es costumbre en la India viajar por la noche; y en tales circunstancias, sucede que el tigre, á pesar de ser numerosas las caravanas, y no obstante el vivo resplandor de las teas y del redoble de los tambores, cuyo objeto es espantarlo, intenta á menudo y hasta con mucho éxito, alguno de sus atrevidos ataques. Ni aun

dar muerte al mismo á quien querian salvar y así se vieron obligados á abandonarle á su suerte. Esto le salvó.

El cazador arrebatado de este modo se habia desmayado á causa de la terrible caída, y al volver en sí, vióse sobre el lomo del tigre que, en su rápida carrera, atravesaba los bosques, tronchando las ramas y los espinos que hallaba al paso.

Reconociendo el peligro de la situacion, tuvo la presencia de espíritu de sacar una pistola de su cinturón y descargarla sobre el animal. El tiro faltó y el tigre hundió mas los dientes en la carne; la valiente víctima no se desanimó por eso; sacando segunda pistola, la descargó sobre el omoplato de la fiera, teniendo la suerte de dejarla muerta en el acto; la bala habia penetrado en el corazón. Los dos tiros habian atraído á los amigos del cazador, quienes le encontraron casi sin sentidos, echado sobre el cadáver de su enemigo. Gracias á los mas solícitos socorros se le conservó la vida, quedándole como recuerdo de aquella lucha desesperada una pierna contrahecha.

El tigre, como verdadero gato, no persigue la presa que se le escapa la primera vez, y despues de un salto perdido, vuelve gruñendo á los cañaverales para buscar un nuevo punto de observacion. Dícese que los ciervos, por su agilidad, y los caballos y mulos, por su prudencia, son los únicos que hallan á veces medio de escapar de un primer ataque; si bien se refieren asimismo varios ejemplos de hombres que supieron evitar la acometida de esta fiera.

En ciertas circunstancias se retira el tigre ante el hombre sin atacarle. La saciedad y la pereza consecuencia de ella, y algunas veces el temor de una brusca sorpresa, son las causas de esta huida. Un tigre que encuentre al hombre por primera vez, huye casi siempre; otros, segun pretende Jung-huhn, se atemorizan con los gritos, pero reconocen muy pronto en el hombre una fácil presa; entonces son estas fieras tan peligrosas, que se comprende que algunas madres indígenas, cuando se ven amenazadas por los tigres sin poder contar con auxilio, pierdan la razon, abandonen á sus hijos y huyan, llevadas del instinto de propia conservacion.

Las personas mas expuestas son las que viven de los productos del bosque, como por ejemplo, los pastores, ó los que se ocupan en coger madera de sándalo: los primeros deben temer continuamente, no solo por sus ganados, sino tambien por sí mismos; y los segundos perecen casi todos en las garas del tigre.

La vida de los conductores de correos se halla tambien continuamente en peligro: Forbes refiere que estos empleados, que llevan por la noche la correspondencia á través de los bosques, no estarian nunca seguros sin su escolta de portalanzas y de hombres con hachones, y sin el ruido que pro-



Fig. 123.—EL TIGRE CAYENDO SOBRE SU PRESA

duce el redoble del tambor, precauciones todas que no bastan para impedir que sean arrebatados con harta frecuencia.

En los penosos pasos del rio Gumeah, en el Guzerat, los tigres se apoderaron de los conductores durante quince dias seguidos, y una vez se llevaron hasta la balija en vez del hombre.

Una tigre que habia establecido su acecho en el desfiladero de Kutkum-Sandi, estuvo matando cada dia varias personas por espacio de algunos meses, contándose entre ellas una docena de conductores. Este animal por sí solo habia interrumpido poco á poco todas las comunicaciones de la Presidencia con las provincias superiores, de modo que el gobierno ofreció por la cabeza de la fiera un precio considerable, pero fué inútil, porque ninguno osó acometer tan peligrosa empresa.

En la isla de Singapur es tan considerable el número de tigres, segun Berthold Schumann, que apenas pasa una semana en que no tenga que lamentarse la muerte de algunos hombres. Wallace, que estuvo desde 1854 á 1862 repetidas veces en Singapur, hace subir la cifra de las víctimas á un número considerable.

«Hay siempre, dice, cerca de la ciudad varios tigres, los

cuales matan, un dia con otro, á un chino de los que trabajan en las plantaciones de gambir entre los claros de los cañaverales.» Yagor confirma las noticias de Wallace en todos conceptos y estima el número de chinos, muertos por los tigres anualmente, en cuatrocientos. «Cuando el culi, dice, está sentado casi desnudo en la espesura para recoger las hojas, el tigre se le acerca á hurtadillas por detrás y le mata, mordiéndole en la nuca. Los compañeros del infeliz, al encontrar su cadáver le entierran en seguida, por miedo de que la policia se entere y les obligue á llevarlo, quizá ya en estado de putrefaccion, á la ciudad para hacer la autopsia. Por esto no debe admirarnos que las autoridades no conozcan sino un pequeño número de estos casos de muerte. Sin embargo, de la estadística resultan cerca de setenta y cinco casos anuales, una quinta parte de los que en realidad suceden. A fines de 1866, se han encontrado, en el espacio de quince dias, siete cadáveres de trabajadores en las plantaciones de gambir, no cabiendo duda al verlos sobre la causa de su muerte. Todos ellos tenian devorada solamente una pequeña parte del cuerpo; faltábale á uno una pierna, á otro un brazo ó la cabeza, etc. El diario que da la noticia anterior añade que resultaria una gran economía de vidas humanas, si los

tigres comiesen mas de cada víctima. En Java y en las demás posesiones holandesas mataron los tigres en 1862, trescientos hombres. En las regiones mas castigadas por los tigres de la isla de Singapur, el gobierno ha hecho cortar los bosques á ambos lados de los caminos, y quemar la maleza en los alrededores de ciertas estaciones de descanso, para destruir las guaridas de las fieras. Pero cuando no se renuevan estas medidas de precaucion, y las altas yerbas vuelven á cubrir dichos sitios, los tigres se instalan de nuevo y empiezan otra vez sus cacerías humanas.

No cabe duda de que el número de tigres en Singapur aumenta continuamente con los que atraviesan el estrecho á nado. Durante los primeros años de la toma de posesion de la isla, no habia ninguna de estas fieras; hoy crece su número por la citada causa, á pesar de la persecucion y del precio de cien duros que se paga por cada tigre muerto. Y sin embargo el estrecho tiene una legua inglesa de ancho. Se ha probado hasta la evidencia que los tigres lo pasan á nado, como acabamos de decir. Una mañana se encontró, segun cuenta Kammeron, envuelta en redes puestas á lo largo de la costa de Singapur, una tigre medio ahogada. No podia ser de la misma isla, puesto que otras redes que habia mas cerca de la costa estaban intactas.

Cuando le acusa el hambre, el tigre no teme al fuego, y se lanza por encima de las llamas en medio de un campamento para llevarse un hombre; en la isla de Java se ha dado hasta el caso de que un tigre penetrara por el tejado en una cabaña y cogiera á uno de los ocho javaneses que estaban sentados alrededor del fuego; despues de matarle, se lo llevó, á pesar de los gritos de los otros, siguiendo el mismo camino por donde habia entrado.

El agua es tan impotente como el fuego para detener á este carniceiro, cuando ha divisado una presa. Varios viajeros refieren, en efecto, haber visto con sus propios ojos, á mas de un tigre precipitarse en un rio y nadar hácia las canoas con el objeto de llevarse algún remero.

Moeckern navegaba con su amigo Tirer, de Calcuta, en direccion á la isla Sangar: antes de llegar al término del viaje, el segundo bajó á tierra, dió algunos pasos, y hallóse á la vista de un tigre. Inmediatamente emprende la fuga, dirigiéndose hácia el rio, y al observar que era perseguido por el temible animal, precipitase en las ondas, mas el tigre hace lo mismo, siguiéndole á nado. Aunque excelente nadador, Tirer veia al tigre acercarse cada vez mas, y por lo tanto buscó su salvacion en el fondo del agua; sumergióse, avanzando mientras pudo, y cuando volvió á la superficie, notó con satisfaccion que el tigre, desorientado sin duda al no ver ya su presa, habia emprendido la retirada. Entonces pudo alcanzar felizmente la canoa, donde se hallaba su amigo.

En otra ocasion, cierto tigre alcanzó una barca á nado y trepó á ella, á pesar de los gritos de los atemorizados tripulantes. Algunos se precipitaron acto continuo en el agua, y los otros se metieron en el pequeño camarote situado al extremo de la barca, atrancando la puerta.

Dueño el tigre de aquella, permaneció orgullosamente sentado en la proa, dejándose llevar por la corriente; mas al ver que se le habia escapado la codiciada presa, lanzóse de un salto al rio, alcanzó la tierra, sacudióse un poco, y desapareció muy luego en los cañaverales.

La fuerza del tigre es muy grande, y tanto que se lleva arrastrando fácilmente á un hombre ó á un ciervo, y hasta á un caballo ó un búfalo. «En la costa meridional de Bantam, continúa Hasskarl en su descripcion, poco antes de mi llegada, un jefe hizo vigilar por cuatro indigenas un caballo muy hermoso que habia comprado. Para ahuyentar á los tigres allí muy frecuentes, la gente encendió varias hogueras en la plaza

delante de las cuadras. De repente oyeron un rugido aterrador: un tigre habia saltado la cerca de bambú de casi tres metros de alto y pasando á hurtadillas entre los vigilantes dormidos y las hogueras medio apagadas, se habia precipitado sobre el magnífico caballo echándole por tierra. Antes que los vigilantes se diesen cuenta de lo que pasaba, el tigre habia salvado otra vez la cerca con su presa en la boca y desaparecido en seguida. Si bien los caballos javaneses no son mas grandes que los rusos, semejante robo exige una fuerza extraordinaria.

Al mismo tiempo da este animal pruebas de prudencia suma, pues cuando lleva tal carga, no sigue nunca caminos anchos, ó por lo menos, no lo hace sino á pesar suyo, probablemente para no ser descubierto; adviértese, sin embargo, que no sabe borrar las huellas que deja su víctima. Cuando ha matado á un animal grande, como por ejemplo, un buey, se lanza sobre su lomo, hunde en él sus terribles garras y lame la sangre que corre de las heridas; despues arrastra la víctima á la espesura del bosque, la vigila hasta la tarde y la devora por la noche, sin temor de ser molestado. Comienza comunmente por las piernas, y se acerca poco á poco á la cabeza; come cuanto puede hasta hartarse, interrumpiendo solo su festin para ir á beber de vez en cuando á la corriente ó al rio mas próximo. Segun se asegura, es poco delicado, pues devora todo lo que se le presenta, incluso la piel y los huesos; dícese tambien que los tigres que han probado una vez carne humana, la prefieren á la de los animales, por lo cual se les ha llamado *devoradores de hombres*, como á los leones de Africa. Siempre le gusta mas dar caza al torpe soberano de la tierra que á otro cualquier animal.

Despues de una buena comida, apodérase del tigre un profundo sueño, y permanece con frecuencia mas de un dia sumido en una especie de letargo: no se mueve mas que para beber; y digiere con cierta fruicion. Los indios pretenden que permanece con frecuencia echado durante tres dias en el mismo sitio; y otros aseguran que vuelve al dia siguiente por la mañana, ó cuando mas, por la tarde, á buscar su presa para comer de nuevo si encuentra por casualidad los restos, pues las tribus de *mendigos* hambrientos comen á su mesa como á la del leon. Los chacales, las zorras y los perros salvajes, que vagan por el bosque durante la noche, siguen las huellas de sangre que deja la víctima arrastrada por el tigre, y se hartan con las sobras. Durante el dia son descubiertas por los buitres, que llegan á bandadas, y disputan entre sí con frecuencia la posesion de los restos; los parásitos cuadrúpedos son huéspedes tan puntuales á la mesa del tigre, que se les considera á todos, y especialmente á los chacales, como á sus batidores, sirviendo, lo mismo que los pavos reales y los monos, para descubrir su paradero.

Expuesto lo que precede, podrá causar extrañeza si los indios, lo mismo que los europeos que habitan los hermosos países tropicales, ven en el tigre un resúmen viviente de todo lo que hay de mas horrible, considerándole como un monstruo salido del infierno? Tampoco debe admirarnos que en muchos puntos le respeten los indios y hasta le conviertan en una divinidad, pues todo cuanto es poderoso y extraordinario ha pasado siempre por sublime á los ojos de los necios. Por poco que un animal llame la atencion del indio, considérase este como un sér especial, creyendo que el mismo que le daña es una especie de divinidad vengadora.

Los pueblos de la Siberia oriental tienen tambien, segun Radde, opiniones parecidas. Los urjanios llaman al tigre «hombre-animal»; los daurios «animal régio» ó «soberano»; los tungusos de Birar no hablan de él sino por pura precision y en voz baja; no le llaman por su nombre, creyendo haber encontrado en la palabra *lavum* otra que el animal no compren-

de y que al mismo tiempo no hace correr riesgo al que la pronuncia. Los daurios y manchúes creen además que el tigre, al crecer en edad, pasa á grados superiores; y segun ellos, hay tigres del rango de un gobernador supremo. En muchas tribus de los países del Amor, este respeto llega hasta la veneracion religiosa; Radde notó que al tigre se le daba el nombre de «burjau», que significa dios. La veneracion á los carniceiros fundada en el miedo, forma entre los tungusos de Birar una parte de su religion, compuesta del chamanismo y del budhismo, como entre nosotros la creencia en el diablo. Los monajeros y los orotrones que habitan las montañas del Chungan, tienen otras costumbres supersticiosas, pues no solo temen al animal sino tambien sus huellas, y cuando casualmente las encuentran, sacrifican la mitad de los productos ó géneros que llevan consigo, poniéndolos sobre las pisadas de la fiera. El que mata un tigre será devorado irremisiblemente por otro tigre, segun la opinion de los tungusos de Birar.

Los indigenas de Sumatra tienen la conviccion de que este felino no es sino la forma de un hombre muerto; por eso ni siquiera se atreven á matarle. En la India se tiene la costumbre, parecida á la que existe en los países católicos, donde se ponen cruces, de clavar en el sitio donde el tigre ha muerto á un hombre, un gran poste guarnecido de tela de color á fin de anunciar el peligro; al lado se construye comunmente una choza en la cual se reunen los viajeros para orar. Cuando por casualidad otro hombre llega á ser víctima del tigre en el mismo sitio, le consideran como gran pecador y creen que su muerte es justa y agradable á Dios. En épocas anteriores era aun peor. Hace apenas sesenta años que en Siam se hacia la «prueba del tigre» para descubrir á un culpable. Cuando se sospechaba de dos personas, para tener la seguridad de cuál de ambas habia cometido el crimen, echaban las dos á un tigre y era considerado culpable el acometido por la fiera. Esta supersticion abominable favorecia naturalmente la multiplicacion de dichos felinos. Las continuas guerras en la India han influido tambien mucho en el aumento de su número. Hyder-Ali se hizo célebre en este concepto, pues durante las guerras que sostuvo multiplicáronse los tigres de una manera increíble. Varios príncipes indios prohiben aun hoy la caza del tigre, reservándola para sí solos, como un pasatiempo régio, cuidándose poco de los centenares y miles de víctimas que la fiera hace entre sus súbditos. Y así se explica el que solo en la provincia de Candesch, en el Dekan, hayan podido matar los ingleses mas de mil tigres en el corto espacio de cuatro años. El hombre sin armas de fuego se halla completamente á merced de tan terrible enemigo, y aun los cazadores bien armados corren bastante riesgo.

En estos últimos tiempos, el gobierno inglés se ha esforzado en destruir el mayor número posible de tigres en los países sometidos á su dominio, pero la especie se halla muy lejos de haber desaparecido. Desde hace mucho tiempo se pagan diez rupias por cada cabeza de tigre, y la suma así gastada ascendia ya, de sesenta años á esta parte, á treinta mil libras esterlinas; esta cantidad ha producido los mejores resultados, puesto que apenas se deja ya ver el tigre en los países poblados de numerosos establecimientos ingleses, y donde estos han tomado á formal empeño el exterminarlo.

La isla Cossinbazar quedó libre de tigres merced al valor indomable de un alemán, que en varias ocasionés mató en un solo dia hasta cinco de aquellos monstruos. Este héroe no iguala, sin embargo, al juez Enrique Rasmus, quien durante su vida mató mas de trescientos sesenta tigres por su propia mano.

CAZA.—Conocida es la manera de practicar esta caza segun reglas fijas, y en la cual se obtienen excelentes resultados.

Los príncipes y emperadores indios eran los únicos que organizaban en otro tiempo las cacerías del tigre; pero en estas expediciones la pompa y el ruido eran las dos cosas principales, y no se hacia daño alguno á la fiera cuya muerte se proyectaba.

Aun en la actualidad envia el emperador de la China á los bosques miles de cazadores para matar los tigres, las panteras, los leones, los lobos, etc.; en una de sus batidas, en la que tomaron parte cinco mil hombres, fueron devoradas ochenta personas. En el siglo diez y siete, segun refiere el jesuita Verbiest, el emperador de la China avanzó cierto dia con un ejército por la provincia de Leao-Tong, hizo que sus soldados formasen un cordón al rededor de unos extensos terrenos, y dispuso que se fuese estrechando cada vez mas aquel círculo viviente. En una de estas cacerías se mataron mas de mil ciervos, muchos osos, jabalíes y sesenta tigres. En 1863, el emperador fué á cazar con sesenta mil hombres y diez mil caballos, sin obtener resultados notables.

Todavía en nuestro tiempo celebran cacerías de esta clase los príncipes indios, los cuales cuidan y conservan, precisamente para este fin, los tigres; lo mismo que hacen en nuestro país los grandes señores con los jabalíes y ciervos que tantos daños causan.

Moeckern ha descrito una gran cacería, dispuesta por el nabab de Audh; el príncipe llevaba todo un ejército de infantes y jinetes, cañones, mas de mil elefantes, una línea interminable de carretas, camellos, caballos y bueyes de carga; y las mujeres iban en coches cerrados. Seguian despues bailarinas, cantantes, bufones, charlatanes, guepardos adiestrados para la caza, halconeros, gallos reñidores, ruiseñores y palomas; matóse un gran número de piezas, no léjos de las fronteras del norte de las Indias, y por fin se encontró un tigre y su guarida fué cercada por mas de doscientos elefantes; al internarse en la espesura, se oyó un gruñido ó ladrido, y antes de poder tirar sobre la fiera, esta saltó al lomo de uno de los elefantes, en el cual iban montados tres cazadores; fué tal el empuje del felino que desmontó á los jinetes, arrojándoles entre la maleza. Ya se creia perdidos á los jinetes, cuando estos salieron ilesos con gran sorpresa de todos.

El nabab hizo entonces avanzar mas elefantes en la maleza para hacer salir al tigre hácia el sitio donde él mismo, montado en un elefante y rodeado de gente armada, le esperaba. La fiera fué herida y al llegar cerca del nabab, muerta.

Cárlos de Gortz asistió, cerca de Seharampore, á una cacería organizada por el comandante en jefe del ejército de las Indias. Disponiase de cuarenta elefantes, de los cuales estaban destinados ocho para los cazadores; cada uno de aquellos llevaba una silla rodeada de un tejido de juncos, en la que podia sostenerse cómodamente el jinete, y detrás habia otra mas pequeña para un criado, que tenia á mano dos ó tres armas, preparadas para hacer fuego. Llegábase á estas sillas trepando sobre el animal cuando se arrodillaba, y el conductor iba montado en el cuello. Los otros treinta y dos elefantes se reservaban para la batida, y en algunos de ellos montaban dos ó tres indigenas, además del conductor. En el sitio por donde avanzaba la línea de cuadrúpedos, los juncos y las yerbas tenian una altura de cinco á seis metros; al reconocer la proximidad de un tigre, los elefantes levantaban su trompa, produciendo á intervalos un sonido muy conocido allí, que imita el de la trompeta, y que dejan oír estos animales siempre que les inquieta alguna cosa. El primer tigre fué levantado y herido por un tal Harvey, el mejor tirador de todos, y que habia presenciado ya la muerte de cien tigres. Un momento despues, lanzóse el animal sobre la trompa del elefante; este se mantuvo inmóvil, y Harvey